

TEORÍA DE LA DISOCIACIÓN SANGUÍNEA

Un relato de Cristina ARAÚJO

llover y habían tenido que marcharse a casa, o que Séraphine había llegado con un juguete en la mano y se había dedicado al juego, pasando por alto la presencia muda y dócil de la flor. No recordaba el motivo porque todos esos acontecimientos habían pasado muchas otras veces, y seguirían pasando durante muchos días. O pocos. Los suficientes para que la rosa se fuese deshojando tarde a tarde hasta que



Cada vez que en un lugar del mundo termina el amor, uno de sus componentes ha tenido que salir previamente fuera del concepto de Unidad que tenía el otro. Uno de los miembros de la pareja es expulsado de la vida del otro, o se va alejando progresivamente, antes incluso de tener consciencia de ello. Se dice que es incompatibilidad, pero lo cierto, es que la brecha se abre cuando, por un motivo u otro, uno de ellos actúa o dice o muestra algún rasgo en desacuerdo con el de su pareja. Primeramente fueron un Todo. La obviedad de una grieta es imperdonable.

Gottfried tenía un año la primera vez que fue consciente de la belleza de una rosa. Para entonces, ya tenía la certeza de haberlas visto en muchas otras ocasiones; no era como si por primera vez se le presentase un objeto extraño al mundo, como si hubiese visto un koala o un unicornio. Él “sabía” de antemano lo que era eso, sólo que hasta entonces no había conocido la diferencia entre lo bello y lo corriente, o lo feo y lo corriente. De hecho, algo insultantemente feo también le habría agradado, lo más seguro. Se paró en aquel instante sobre sus piernas torponas, envuelto en su anorak, y señaló la rosa. Después se dio la vuelta; después, no se sabe, si de un minuto o de una hora entera. Fuese cuanto fuese, fue el tiempo necesario. Se había girado exclusivamente para buscar a Séraphine y poder enseñársela. Ella estaba subida al columpio y su madre la empujaba suavemente, y cada vez que el columpio bajaba desde lo alto, cada vez que Séraphine volvía a descender a la tierra, como un ángel efímero, Gottfried sentía ese mismo hormigueo excitante del vértigo. Se acuclilló delante de la rosa, y de vez en cuando volvía la cabeza para comprobar si tan distinguido elemento permanecía en su lugar. No sabía por qué, pero entonces no quería que Séraphine se la perdiera, pues sería como no haberla visto él mismo.

Al día siguiente, de regreso al parque, Gottfried expuso su mirada más perpleja. Su madre se sonrió y dijo algo que él no entendía. Tampoco le importaba. Había visto la rosa por segunda vez. Durante tantas horas el recuerdo de la flor se había exiliado de su mente en favor de otros pensamientos menos sublimes: la mermelada del desayuno, el tren eléctrico, la mancha de su babero en forma de pico de pato...; pero la rosa seguía en la mata, y el día anterior él había olvidado enseñársela a Séraphine. El motivo no lo recordaba. Quizás fue porque su madre lo llamó desde lejos y él corrió a por su rebanada de pan con chocolate, o que había empezado a

sólo quedó en la mata una bola amarillenta adherida a un tallo.

Gottfried tenía un año entonces, y ni siquiera se dio cuenta de que la flor había desaparecido sin que él recordase enseñársela a Séraphine. Quizás aquel olvido fue el primer favor y el más enorme que nunca le concediese la Naturaleza a Gottfried. Después, sus revelaciones sólo engendraron tragedias.

Ya había cumplido dos años cuando la primavera siguiente entró impetuosa por su calle con el alborotado desfile de bienvenida que trajo de nuevo a las golondrinas y las flores blancas. El pecho de las golondrinas era blanco como la frente de Séraphine y en los capullos se fermentaba ese mismo olor que los envolvía a él y a la niña cuando salían de la bañera por las noches. Y la misma flor surgió de la misma mata en una tarde gemela a las doscientas, o tres mil, o cinco anteriores que habían ido al parque. Ni Gottfried ni Séraphine recordaban el número exacto, o aproximado. Por entonces aún tenían el privilegio de saber seleccionar sólo lo importante sin llevar la contabilidad de ocasiones en que eso ocurría.

Pero esta vez, Gottfried no quiso que pasase de largo nuevamente ese precioso “constructo” de suaves colores. Se sentó bajo la mata para esperar a Séraphine. Ella podía estar al otro lado del parque, o en la cama de al lado, o en la sillita de enfrente, pero nunca estaba fuera de su campo de visión. Realmente, Gottfried no recordaba

un solo instante de su existencia en que no hubiese podido mirarla o hablarla cuando hubiese tenido la necesidad de hacerlo. Séraphine era lo único que le daba estabilidad a su vida. Desde el vientre, primero, y después en las cunas, en ella empezaban y terminaban los días. Y eso le proporcionaba una seguridad impagable.

Momentáneamente, la rosa fue como Séraphine, porque sólo a los dos años se entiende que un instante pueda ser un “para siempre” sin caer en el pecado de la mentira.

Estaba cada vez que la miraba, allí detrás, silenciosa en la mata, como silencioso era el sueño de la niña en las noches que él se desvelaba. Y aguardó un rato más a Séra, porque antes o después, Séraphine siempre llegaba. Todavía no sabía Gottfried que existía la posibilidad de arrancar la flor y llevarla hasta ella. Tampoco sabía que podía haberse clavado las espinas en el intento o que su madre podría haberlo increpado. Hubo un tiempo en que no era necesario saber un montón de cosas.

Poco después, o mucho, pero el caso es que no se había cansado aún de esperarla, Séraphine llegó hasta él.

Ni siquiera se dio cuenta de que la flor había desaparecido sin que él se acordase de enseñársela a Séraphine.

-Mysh da's'ta —dijo el niño. (Mira lo que he encontrado.)

-Olvi, name? —ella no sonrió como sonríe la gente cuando ve algo inusual y hermoso, sino que expresó cierta turbación simplemente ante la novedad. (¿Cómo se llama?)

Gottfried sintió una suerte de desazón estomacal. Séraphine había dicho algo conocido, pero ajeno: name. Sin embargo, el niño se consoló pensando que al menos, había salido otro término familiar de sus labios. Olvi era Gottfried, y también era Séraphine. “Olvi” se gritaban cuando se llamaban, o así se decían uno al otro: “Olvi, brit nii” señalándose el estómago, o la cabeza, o la rodilla: “A Olvi le duele esto”. Olvi eran los dos, porque no existía el riesgo de malinterpretar el sentido, y porque no había lugar a equívocos, pues ellos eran uno y sólo ellos lo sabían. Fue un tiempo en que no sabían que también los demás supiesen cosas. “Name?” Gottfried entendía perfectamente el significado de esas palabras en boca de su madre y de su padre, y de alguna otra gente de la que en ese preciso momento no tenía consciencia. Pero tardó un minuto casi en saber a qué se refería ella. Luego trató de obviarlo, y entonces le respondió: “Iwigan”. Así bautizó a la rosa.

-Iwigan! —Séraphine rió muy alto y, burlándose de la gravedad, se enderezó elevándose como una libélula y cogió la flor sin romperla. El tallo se combó hacia la niña y Gottfried sintió la turbulencia que se arremolinaba en su pecho cuando se despertaba a veces en mitad de la noche. No sabía que era posible tocar esa flor. Hasta ese momento había sido algo que no había tenido la necesidad de plantearse; pero lo cierto era que hacía un tiempo que Séraphine actuaba de un modo absurdo, como si tuviese necesidad de algo más lejano, de cosas más efímeras que la dulce inmovilidad de sus actos cotidianos. Pero por ella, y por más miedo a su ausencia que a lo desconocido, Gottfried hizo casi un esfuerzo, y él también tocó la flor. Tocó los bordes aún tiernos de los pétalos. Eran suaves como la crema de la leche.

-Name iwigan —repitió Séraphine.

¿Por qué decía “name”? ¿Por qué se tenía que tocar “iwigan”? ¿Acaso con mirarla no era suficiente para retenerla dentro? Al haber estirado sus piernecitas para alcanzarla, al haber sentido el tirón en las corvas, al inclinarse hacia la mata, Gottfried había percibido la rosa a una distancia insondable; una distancia que no había existido cuando alguna noche recordaba la imagen de la flor desde su casa. Su tacto de crema de leche era de un material distinto al de la mano de Gottfried o de la de Séraphine. Y también la crema de la leche era diferente todavía en la taza, antes del instante preciso de ser absorbida por los labios de Gottfried. De pronto el niño fue consciente de su bufanda, de su anorak, de su piel, de que la herida que le dolía en la mano no le dolía a Séraphine. La rosa estaba fuera, y con turbación, con cautela, diríase que con pánico..., volvió el rostro y la miró a “ella”. Estaba en el mismo plano que “iwigan”. Séraphine también estaba fuera. Era de los otros, que decían “name”, como sus padres.

Gottfried se sentó en el suelo, al pie de la mata, y rompió a llorar. Tal vez la crema de la leche supiese distinta en los labios de Séraphine.

Un tiempo después, ¿una semana? (Gottfried aún no calculaba el tiempo en ciclos y todo se le hacía irrepitible y eterno y fugaz a la vez), el caso es que no mucho después, su madre los estaba abrazando mientras jugaban en la cocina. Tenía una risa distinta su madre, y los trataba de otro modo, como si un hada de luz incandescente le hubiese nacido dentro, o esa era lo que la imaginación les provocaba a los niños; un hada era una Séraphine alada.... Posiblemente había sucedido cuando ellos ya no le señalaban objetos ni chapurreaban en dialecto ininteligible para pedirle una muñeca o un caramelo o mostrarle una nube de coral. Nunca había estado tan risueña, y en la medida en que su madre se regocijaba en los avances de sus hijos, Gottfried desfallecía en un universo de diques que se iban erigiendo entre él y las cosas bonitas, y las feas..., y Séraphine.

Ese día, recogidos en los brazos de su madre, se dio cuenta de que utilizaba una de las extremidades para sostener a cada uno de ellos. Tal vez había sido así todas las veces. Su madre tenía dos piernas también para sentar a cada uno en una, y dos manos para acariciar los cabellos de ambos a un tiempo. Gottfried nunca había buscado una explicación para la estructura de la anatomía de su madre, pero todo en ella seguía siendo funcional, pues ellos eran cuatro partes: el cuerpo de Gottfried, el cuerpo de Séraphine, la cabeza de Gottfried y la cabeza de Séraphine. Al menos, pensó Gottfried, el mundo estaba todavía hecho al servicio de ellos dos. Pero eso le consoló muy poco tiempo. Por cómo Séra reía cuando él quería llorar, supo que la cabeza de Séra y el cuerpo de Séra no sabían lo que había en la cabeza de Gottfried. (Sin embargo, él aún estaba seguro de lo que había siempre dentro de ella.) Mientras la cabeza de Gottfried se embotaba ante la inminencia del llanto, el cuerpo de Gottfried pensaba que le molestaba la pierna de Séraphine, atrapada entre la rodilla de él y la de su madre. Algo en ella le estaba siendo incómodo. Le era... ajeno (todo ese concepto le escoció en la mente), como ajena fue la palabra “name” esculpida en su voz de niña. Estaba fuera. Definitivamente, Séraphine estaba fuera. Fueron muchas ocasiones seguidas esos meses en las que Gottfried rompió a llo-

Estaba fuera. Definitivamente, Séraphine estaba fuera. Fueron muchas ocasiones seguidas esos meses en las que Gottfried rompió a llorar.



rar.

Primero fueron las palabras. Casi enseguida, los términos que Gottfried empleaba en vocabulario alemán eran superiores a los que había utilizado nunca para el idiolecto de los gemelos. Los de Séraphine los doblaban con creces. Fue la primera grieta, cuando ella descubrió que el mundo no terminaba en ellos dos, dentro del círculo amorfo que formaban con sus bracitos al darse las manos. Ese espacio había sido impecable para Gottfried, pero para ella, estaba sujeto a perfecciones. Empezó a respirar a través de una fisura abierta al mundo. Una brecha, un abismo, en el que Gottfried necesitó caer dos veces para comprenderlo.

Inmediatamente posterior a la tragedia de la rosa, había ocurrido que existían dos nombres para él y para Séraphine. Había “yo” y había “tú” o, en ocasiones, “ella”. Pero lo que ya nunca jamás hubo fue “Olvi”. Y se marcó ese punto en el tiempo como un punzón en la frente de Gottfried, cuando observó que también había dos gorritos de lana, y dos impermeables, y un montón de manoplas para ir a la calle. Todo había empezado a estar duplicado, igual que las manos y las piernas de su madre. Y por eso, empezó a ser posible que algunos días Séraphine saliese de casa con uno de sus padres y él permaneciese. Ya no eran Uno, ya no eran Todo, ya no

eran Olvi. De acuerdo. Pero el orden gemelar del universo seguía avalando su proximidad para siempre.

Sólo el día que volvieron a la mata, el mundo dejó de ser por ellos. No hubo después nada ¡nada! que pudiese hacerle a Gottfried una promesa de lo Eterno. Ya no con ella, sino consigo mismo. Cada paso que iba dando sobre la tierra negaba todos los anteriores. Cada momento de vida lo condenaba más a la soledad.

La rosa continuaba abierta, algo menos fresca. Posiblemente no fuera la misma rosa. Posiblemente la rosa que cometió alevosía, la “iwigan”, no fuese ya más que un puñado de virutas sobre el lodo. Pero eso era demasiado, demasiado depravado, como para que Gottfried hubiese de entenderlo también ahora. (Aunque tal vez la Muerte le hubiese sido una entidad menos corrosiva que el Exilio, como a muchos poetas). En cualquier caso, el niño señaló a su hermana los pétalos cerrados en una firme intimidad, abrazados unos a los lomos de los otros con dócil fidelidad, casi con celo, o con un ciego terror de combarse hacia fuera.

-Mira —dijo Gottfried, y señaló la corola y luego la falda de su hermana.

-No es un color parecido —dijo ella.

-No. Mira —e introduciendo un dedo en el corazón de la rosa, hizo pasar los pétalos sobre su yema como finas hojas de papel de fumar. Luego levantó la falda de su hermana levemente, dejando al descubierto las enaguas que, en laberínticos giros, se plegaban, en aquella postura, sobre sus rodillas.

-Ah, las arruguitas, sí —ella se encogió de hombros—. Qué curioso.

-Es Tú. Esta es esta —y las señaló a la una y a la otra muchas veces consecutivas.

-No, mira, yo tengo manos y trenzas y al osito. Esta no tiene. Tiene esos pinchos que pican.

-No pican —se ofuscó él, y no quiso reconocerle a su hermana que era la primera vez que veía las espinas.

-Sí pican —y la niña se dio la vuelta dejando que todo el odio de los ojos de él se hiciese añicos contra su espalda. Un torrente de cólera reventó la grieta. Después de Uno, habían sido Par, pero desde aquel instante y para el resto de sus vidas, desde aquella espalda sin anverso, fueron simplemente fracciones. Como todos los humanos, primero del mundo. Después, más trágico, lo serían de sí mismos.

Gottfried hizo un gesto de indignación con los brazos. ¿Por qué Séraphine no lo entendía? La flor era un pedazo de Séra, igual que la trenza de su madre era también un pedazo de Séra, y que las manos de su compañera de la guardería, blancas y diminutas, eran también un pedazo de ella. Y los rizos en las sienas de Séraphine eran un pedazo del flequillo de Gottfried...

Antes había sido tan sencillo... Antes, Gottfried señalaba y decía “Olvi”, y no había más mundo que el que estaba al servicio de ellos. Ahora, su mente y las vidas de los dos habían de pasar por ese filtro horrible y distorsionador de las palabras que habían destruido su unicidad. Ya ni siquiera constituían una autarquía. Y ya nunca jamás volverían a entenderse.

Primero Gottfried había creído que él y Séraphine eran un Todo. Luego, recién escarmentado, quiso encontrar alguna teoría posterior que calmase tanta angustia, y entonces cayó en creer que Todo era una porción de Séraphine y ella una porción de él. Pero tampoco fue la Verdad.

A los dos años y medio se habían agotado sus maneras de entender el mundo de un modo que le aliviase.

Cuando supo que ya no era más suya, que era más del mundo que de sí mismo, Gottfried dejó de amarla. Fue el amor más puro que sintió nunca. Un año más tarde, ya no recordaba, ni recordaría jamás, por qué había empezado a odiar a su hermana. Ni en su adolescencia pensó que hubiese una razón por la que no se soporta que la amada pueda mirar alrededor buscando otras opciones. Nunca se planteó que hubiese un motivo primario para el amor, ni para el odio, ni para los celos. Después de todo, así era como tenía ser.

ESPAÑOL PARA EXTRANJEROS

Un relato de Martha RINCÓN

Resacón de mierda! Y prepárate ahora la clase de mañana... Es importante romper el diptongo para que la resaca tenga caché, sí, que no se me olvide explicar esto a mis alumnos. Eso es, en la clase de mañana explicaré el diptongo español y sus excepciones; casos de ruptura estilística y casos de ruptura obligatoria, ¡que se joda la academia! Mierda, con tilde en la "e", ahí, ahí, casos de tilde invisible pero sonora, como la "h" visible y muda, pues igual, sólo que al revés. Si la resaca es realmente importante, el diptongo en mierda se rompe obligatoriamente... ¡Joder, Raquel, tú podrías haberlo evitado! ¡Qué dolor de cabeza! Tengo que pensar más bajito. Con una cerveza corto la resaca, es cuestión de biología pura. El cuerpo tiene mono de alcohol, por eso me siento así. Un poco de cerveza para el monito alcohólico y dejará mi cabeza en paz, dejará de columpiarse entre las lianas de mi sistema nervioso, seguro, me lo explicó un día Raquel, que para algo es licenciada en biología. Español coloquial, nivel avanzado. Unidad dos: animalitos en el cuerpo. El mono y sus amigos. Si lo propongo tal vez me lo acepten en la editorial... Aunque recuerdo lo que me dijeron con el capítulo de la fauna nocturna... Da igual, de todas formas tampoco creo que me publiquen el manual de español, así que: ¡que se joda la academia! Mañana en clase, el mono y otros animales.

Las siguientes expresiones se usan con el verbo "tener":

a) primates: el mono (se siente por todo el cuerpo, razón por la cual, en español, no hacemos mención a ninguna parte en especial: "tengo mono" o "¡tengo un mono!"). El gorila de la puerta...

No, este no, este tengo que pasarlo al capítulo de la fauna nocturna.

b) insectos y otros bichos pequeños: El hormigueo (en un brazo, una pierna, etc.) La mosca detrás de la oreja (siempre detrás de la oreja, ninguna otra parte del cuerpo se usa para esta expresión)...

que te lo digan a tí, ¿eh, Raquel? Que vengan a hablarte de moscas.

Las mariposas en el estómago (sólo pueden sentirse en el estómago, si las sientes en el pecho, no estás enamorado, o te está dando un infarto o has fumado demasiado)...

esto mejor lo quito, bueno no, ¿sí? Las cotorras del segundo en los oídos, martilleándome la cabeza, ¡ya estamos! ¡Tan de buena mañana! ¿Por qué no se invitarán a tomar café? Un día en casa de una, otro en casa de la otra, como en el anuncio de Carrefour, si total, ¡no les cuesta nada! Así, sentaditas tranquilamente, sin tener que gritar de ventana a ventana para contarse cosas que a nadie le interesan, sin pasar frío, sin joder a los vecinos. Venga, escribe, céntrate, animales en clase mejor no. A ver: Español coloquial, nivel avanzado. Unidad tres: derivación léxica. Resaca-resacón, garrafa-garrafón. Busca las correspondencias y explica el significado con tus propias palabras. ¡Ay, mi cabeza! Y la niña, toda guapa ella, venga a poner chupitos. Seguro que Boris me salta con la pregunta estrella: ¿es posible incluir botella-botellón en esta categoría? Hombre, movida con la policía-movidón, creo que sí, pregúntaselo al alcalde. Y Boris que entra en la web del ayuntamiento y plantea su pregunta, como si lo estuviera viendo. Seis meses lleva ya en Madrid y aún no se ha metido en la cabeza que Spain is different... Raquel, si supieras el resacón que tengo, seguro que me perdonarías. Tengo que ponerle remedio a esto... rubia holandesa, ¡no sé yo! Los caballeros las prefieren rubias, yo sin embargo: Guinness, qué más da, nadie diría nunca que soy un caballero... En pleno domingo y a estas horas, ni topicazos ni nada, aquello de que las rubias siempre son frías —están, están, corregiría yo en clase— ¡Cómo cuesta el ser y estar! Pero la distinción es necesaria, no es que los hablantes de español queramos ser pesados porque sí. Esta rubia no es, está, porque si las circunstancias fueran otras, si Raquel no pasara de mí cuando le digo que la cerveza debe guardarse en la nevera... El español es una lengua rica, no se trata tan solo de cuestiones permanentes o transitorias, sino de grados en la temperatura, que de estas cosas, los que hablamos esta ilustre lengua entendemos bastante. Caliente no basta, no es un adjetivo que pueda reunir toda la expresividad. Hay frío, fresquito, templado, templaducho, punto asqueroso y luego, después de todo esto, viene caliente. Esta está justo un escalón antes de caliente: ¡pa' morir! Rubia holandesa en punto asqueroso en un triste domingo lluvioso por la mañana, ¡rastrera necesidad! No me mires así, es por prescripción médica, bueno, por prescripción de Raquel, ¡maldito espejo!.. Tengo que beberme una cerveza como quien toma medicina y no hay ni una sola negra, ni una tostadita siquiera, ¡vida perra! —¡anda!, otra expresión con animalito para mis alumnos de español- Venga, mono, bebe y bájate de las lianas. ¡Vaya patas de avestruz!, ¡maldito espejo! ¡Buah! Ninguna medicina nunca supo bien. Piensa en Raquel. Raquel-Mono-Marco, ¡joder! Debería haber sabido que iba a pasar, debería haberlo previsto y así lo habría evitado. Y la cuestión es que con el primer chupito sospeché que el tequila era de un laboratorio de Huelva y no de los campos de Jalisco, pero, Raquel, te lo juro, hacia el cuarto o quinto empecé a visualizar los agaves, había agaves por todas partes. Yo ya me había acurrucado en posición mexicana sobre la barra, y la niña, venga a poner chupitos. ¡Yo no quería, Raquel! Buitres, pulpos, leonas,



lobas, cerdos, burros, ojos de corderito degollado, lágrimas de cocodrilo... La fauna nocturna mejor la dejo para otra clase, otro día, otra vida, otro profesor. Eso, que la explique el becario, que Boris fría a preguntas al becario y me deje a mí en paz. Pero digo yo, vamos a ver, ¿por qué hemos de asumir que las lágrimas de un cocodrilo son fruto de la hipocresía? ¿Que se come a su víctima con pleno conocimiento de lo que está haciendo y luego llora? Bueno, no sé, yo creo que en el momento se pierde un poco el contacto con la realidad, el cocodrilo come por instinto, no se puede decir realmente que sepa lo que está haciendo. ¿Que las lágrimas le brotan una vez que de la víctima no quedan ni los huesos? Pues sí, sí, parece ser que así es como digieren los cocodrilos. Pero de ahí a que el cocodrilo sea un hipócrita, hay mucho camino. Yo creo que dentro de esa piel tan dura, también late un corazoncito. Y las lágrimas, ni son una reacción física incontrolable ni nada, me da igual que tú seas de ciencias y yo de letras, Raquel. Si lloro cuando tenga que contártelo todo, te aseguro que mis lágrimas y mi arrepentimiento serán de verdad... La vida es una cadena, tú me lo explicaste. Una acción provoca otra, y otra, y otra, y así. Tú me contaste lo del efecto mariposa, ¿no lo recuerdas? Una mariposa mueve sus alas en una parte del mundo y ya no podemos hacer nada para frenar las consecuencias que se dejan venir en tropel sobre nosotros. Tú te vas a las rebajas en Londres y la mariposa se vuelve loca. Eso es lo que ocurrió, está todo en el capítulo cuarto de mi libro de español coloquial para extranjeros, que, aunque es sólo un borrador, creo que explica bastante bien la situación nocturna: leona entra en bar lleno de buitres que, dividiéndose en igual número entre cerdos y burros, revolotean alrededor de la presa femenina. Nota: en el mundo animal no es concebible que un buitre quiera comerse a una leona viva, en la jungla nocturna, sin embargo, sí. Para comprender la vertiente coloquial del español debemos abrir nuestra mente y saber que para cualquier buitre es perfectamente posible metamorfosearse en cerdo, burro, o ambas cosas a la vez. Como un digimon, Raquel, sólo que peor. Este comentario no lo incluyo en el libro, claro. Nuestra leona está rodeada de buitres. El lince entra en el bar y divisa a la leona entre la espesa bruma atabacada. Se aproxima y el encuentro resulta amigable puesto que este lince y esta leona en concreto son viejos conocidos. La presencia del lince ibérico hace huir a los pajaracos, que dirigen su vuelo hacia otras presas desapareciendo en el horizonte. Pero la fauna nocturna está llena de complicaciones; lince hay pocos, y con un pelaje tan llamativo como el de este, menos. Es bien sabido que se trata de una especie en extinción y por ello, las lobas —que lo han reconocido desde lejos con su aguzado olfato— en seguida se congregan con movimientos sinuosos en torno al simpático lince. La leona muestra sus garras, pero eso a las lobas no las impresiona. El lince es un animal con buena vista... o ese es el mito. Pero reconozcámoslo, Raquel, el lince al que tú y yo nos referimos, o es tonto, o no le interesa defenderse. Majo es muy majo, sí... Sin embargo en la realidad, a pesar de su buena vista, al lince no le interesa arrancarse las lobas que se le pegan al cuello como sanguijuelas. La leona opta por interponerse entre el lince y las lobas. Hay agaves por todas partes, el paisaje se hace cada vez más mexicano. Pronto, la barra del bar no es más que una carretera sin fin de esas que salen en las películas americanas. El final de la barra se desdibuja en ondas que bailan.

No es el calor, no. Es el vapor de los alcoholes que salen de la línea de chupitos de colores —parece que se ha terminado el tequila de Huelva— que hace las veces de línea de división de carriles en la carretera... y yo ya me sentía gusano, gusano por dentro y mariposa por fuera. Y para entonces tu lince ya había puesto cara de corderito degollado —con sus correspondientes ojos—. Así fueron las cosas y así se las hemos contado... O así te lo contaré, no lo sé. ¡Joder, Raquel, tú podrías haberlo evitado! La metamorfosis en pulpo no debería haber tenido lugar, pero ya lo he dicho antes, la jungla de la noche está llena de sorpresas, ¿cómo iba a saber yo que tu novio era digimon? Te juro que Marco se metamorfosó en pulpo, de los de dibujos animados, con aproximadamente quinientos tentáculos, todos llenos de ventosas. Y cuando los tentáculos se enredan, ya sabes lo que ocurre. Lo siento, de verdad, tú eres bióloga, deberías comprender cómo funciona aquello de la atracción química incontrolable entre los cuerpos. ¡Joder, Raquel! Y si no te lo cuento, me siento como una mierda —ésta sin tilde, con su diptongo correspondiente, que tampoco es para tanto, no toda la culpa fue mía, anda que ¡fino corderito tienes también tú!— Y en el fondo no soy tan mala persona, y un capítulo aislado de documental de la naturaleza tampoco tiene tanta importancia. ¿Que siempre estoy diciendo que se joda la academia? Pues sí, pero tú sólo eres la jefa de estudios, no eres la dueña, nunca haría daño intencionado a mi mejor amiga. Y por fin, las cotorras del segundo se han callado —¿habrán muerto por congelación?— y me doy cuenta de que acabo de soltar una mentira de las gordas... bueno, media, media mentira: sí que te he hecho daño, pero no ha sido intencionado, fue como el cocodrilo cuando tiene que comer. Y dentro de dos horas tengo que ir a buscarme al aeropuerto, tengo una resaca espantosa y las lágrimas —que no son de cocodrilo, pienses lo que pienses— se me agolpan en la garganta. No sé si el lince es de naturaleza confesora, tampoco sé si los del DELE volverán a mandar una carta a la academia este año para hacer notar que nuestros alumnos han aprendido un español poco académico, ¡que se...! Sí, ya lo sabes. Sabes muchas cosas, casi todo, no sé si es necesario que sepas que compartes casa con una oruga y cama con un gusano... Eres bióloga, esa es mi única esperanza. Supongo que en el fondo —a pesar de nuestra horrible naturaleza— nos querremos.

A quella tarde en la estación de cercanías le recordó inevitablemente a su juventud, cuando aún era un muchacho adolescente, sin ansiedades, sin ninguna esperanza porque no era necesaria ante un futuro que no ofrecía sombra o preocupación alguna —un examen difícil, una chica complicada quizá—, y todo el tiempo parecía natural, como las montañas con sus ascensos y bajadas, rápido o lento según el nivel de diversión, sin divisiones ni burocracias, sin sensación de control salvo quizá aquella vaga impresión de que tres meses de vacaciones eran demasiado cortos y que luego terminaría por desembocar en su teoría personal de que los exámenes eran un método de acostumbrar paulatinamente a la juventud a la tortura psicológica que más tarde supondrían las exigencias de la vida moderna: currículo bien presentado conteniendo al menos dos idiomas de familia indoeuropea y quizá uno sinotibetano, con tres años mínimo de experiencia en departamento comercial de ventas, aficiones fácilmente clasificables que denoten carácter pragmático pero moldeable, tendencia a la objetividad, capacidad de liderazgo, firma elegante que denote seguridad, rostro masculino en foto de estudio.

Olía a prado mojado. Entre las matas, asomaban ondeantes bolsas de plástico carcomidas por el sol y la lluvia. Todas las tardes iban al descampado. Usaban bolsas para mezclar el calimocho, luego las dejaban tiradas. Algunas podían llevar allí desde el verano anterior. Quedaban hechas jirones entre las hierbas y las raíces. Pequeños insectos paseaban por la sintética superficie tal vez acostumbrados ya a su presencia.

Los chicos compraban la bebida en un supermercado que había a trescientos metros. No solían gastarse más de doscientas pesetas. Compraban lo más barato que había. Cola No Frills, vino Conquistador, varias bolsas para la mezcla y todo estaba listo para pasar la tarde en el descampado. Se sentaban en la cuesta y fantaseaban sobre cómo aprenderían a tocar la guitarra. Cuando llovía, se metían en uno de los enormes cilindros de hormigón que alguien había dejado allí para construir un conducto de aguas fecales. Toda la mierda de la ciudad pasaría por donde ellos estaban. Era una idea divertida.

Desde la cuesta del descampado se veía el campanario de un pueblo cercano. Una carretera lo cruzaba de lado a lado. Más cerca, exactamente debajo de donde ellos estaban, corría la vía del regional. Había una pequeña estación que se unía al pueblo por una maltrecha carretera. El campo era de un verde oscuro e intenso. Verde de esmeralda y clorofila; verde de sinople, de prado y de montaña noble y orgullosa. Parecía que hasta las piedras hicieran la fotosíntesis en aquel lugar.

Los prados se extendían por todas partes y, entre ellos, aparecían enormes estructuras de casas y almacenes. Cerca de una tapia, yacían amontonados enormes bloques de estiércol cuyo olor se esparcía siguiendo el camino del viento. Un caballo pastaba tranquilo no lejos de una desvencijada noria. Eran un grupo de cuatro muchachos. Bebían un litro por cabeza. No se emborrachaban, pero les bastaba. Se ponían con-



Sólo había un pasatiempo mejor que lanzarse piedras unos a otros.

habitual era bastante simple. Dos se ponían a un lado de la vía, detrás de la estación. Los otros dos se ponían al otro lado. Luego se tiraban piedras entre sí.

Tocándose con la lengua el incisivo lateral superior podía sentir el tacto diferente de la funda con la que habían cubierto el destrozo provocado por una piedra mal dirigida, sin mala intención, pero suficientemente dañina como para detener el juego durante un par de minutos, sólo para volver a comenzar de nuevo con la misma energía y jolgorio que tan divertido pasatiempo merecía, sin miedo, sin preocupaciones, riendo ante la idea de lo que pensaría su abuela cuando le viese aparecer con el diente partido por la mitad y tuviese que explicarle que había sido una piedra mal dirigida, sin mala intención, lanzada en medio de un juego que consistía en tirarse piedras los unos a los otros junto a una estación de tren donde el olor a prado y a estiércol inundaba los orificios nasales y sus pulmones inhalaban y exhalaban aire puro de mar y prado verde, oscuro e intenso.

Sólo había un pasatiempo mejor que lanzarse piedras unos a otros. Lanzarle piedras al regional cuando pasaba. Nunca se detenía en la estación, ningún tren lo hacía. Pasaba de largo. A veces se oía una voz recomendando a los pasajeros que cerrasen las ventanillas para que no entrasen piedras. Los muchachos se emocionaban al sentirse tan importantes.

Lanzarle piedras al tren era un ritual de liberación. No había mera diversión, sino también una confusa sensación de poder y libertad que no alcanzaban a comprender y que no encontraban en el resto de sus vidas. La piedra, al contacto de sus manos, ya no era un inofensivo objeto inanimado, sino una representación física y palpable de su violencia concentrada. La lanzaban con todas sus fuerzas. La piedra cruzaba el aire y se estampaba contra los cristales del vehículo. Nunca se rompían, pero no importaba, no era eso lo que pretendían. Sólo querían liberar esa energía que no comprendían pero que les guiaba inexorablemente hacia un estado de completa entropía.

Al pasar el tren de largo, éste pitaba, y los chicos volvían a sentarse con una sonrisa dibujada en sus labios. Tenían la piel pegajosa por el sudor y la humedad del aire. Recogían parte de la basura que habían acumulado y se dirigían a otro lugar. No lejos del descampado había unas obras donde podían hacer el gamberro.

Recordó con fruición todos aquellos momentos y trató de comprender aquella sensación de libertad que le provocaba el simple hecho de lanzar una piedra contra un tren en marcha, hecho que cualquier persona con dos dedos de frente consideraría infantil —su esposa le había dicho cientos de veces que aún no había dejado de ser un crío en el fondo—, pero que él aún guardaba en su memoria como algo fascinante, liberador, primitivo, indómito... porque él se sentía ahora dominado, o mejor, domado, como el caballo que pastaba en los prados, feliz, satisfecho, pero siempre atado a una estaca que no le permitía alejarse demasiado si bien le mantenía cerca de la apetitosa comida que le conservaba fuerte y vigoroso para así poder seguir trabajando, para seguir haciendo funcionar la desvencijada noria que da vueltas y más vueltas sobre sí misma, extrayendo un agua que no va a beberse para regar un campo cuyo fruto no va a saborear, y el ruido de la noria, ruido chirriante de frotamiento entre metales, es como el sonido del tren que ya frena al acercarse a la estación.

Al fin, el cercanías llegó y le detuvo sus pensamientos. Recogió la cartera del suelo y se dispuso a subir al vagón. Una vez dentro, comprobó que llegaba siete minutos tarde a la entrevista de trabajo.

VIAJE DESDE UN MUNDO QUE SE ACABA

Un relato de Borja MENÉNDEZ



tentos. Hablaban y reían de cualquier cosa. Daba igual que el calimocho estuviese caliente y que se hubiese impregnado de la porquería que pudiera tener la bolsa. No usaban hielos porque eran caros. Así hacía más efecto el brebaje.

Como tantas veces, terminaban las botellas y las guardaban para tirarlas en alguna papelera. Luego, bajaban tranquilamente hasta la vía del tren y se sentaban para seguir charlando. A menudo, aburridos por haber exprimido todos los temas de conversación, inventaban juegos violentos. El más

TÚ Y YO

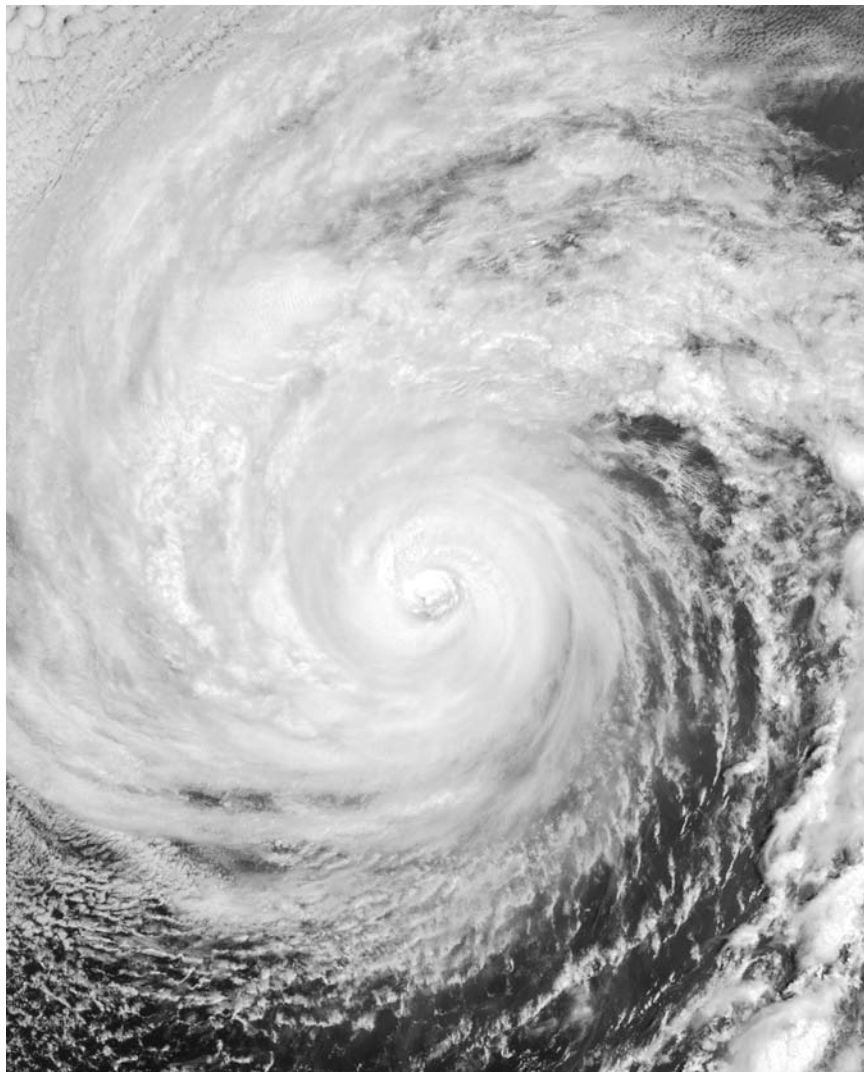
Un relato de Miguel Ángel BUENO

<<¿Adónde me has traído esta vez?>> <<Cállate. ¿No te parece precioso lo que ves?>> <<No estoy seguro de qué responderte. Esa puesta de sol me parece, no sé, realmente imposible...>> <<¿Crees que realmente importa que sea posible o imposible para que sea hermoso?>> <<Si, tienes razón, eso no importa. De todos modos, ¿podrías decirme dónde estamos?>> <<¿Dónde estamos? Dónde va a ser. Donde siempre y donde nunca>> <<¿Sabes? Empiezo a estar un poco cansado de este juego tan cambiante. ¿Acaso es eterno?>> <<¿Quién sabe? Yo creo que en el fondo todos los que son como tú desean justamente eso, ser eternos. En cualquier caso, supongo que es la ley, que está mandado que vivamos así.>> <<Sí, es la ley.>>

<<Vaya, este sitio ya lo conozco. ¿Me has vuelto a traer donde siempre?>> <<Resulta que yo, no como tú, tengo ciertas obligaciones laborales, ya te lo dije una vez.>> <<Ya sé que me lo dijiste, no soy tan olvidadizo. Por cierto, ¿qué estás haciendo ahora?>> <<Redactando estos informes. El jefe los necesita sin falta para mañana. ¿Quieres ayudarme?>> <<¿Cómo no! Enseguida te echo una mano, en cuanto solucioné unos problemas... Ya he terminado, ya puedo ayudarte.>> <<¿Qué problemas son esos?>> <<Lo siento, tú no puedes ser consciente de ellos. Como te dije yo también una vez, es la ley.>> <<Vaya. Entonces, ¿ya me vas a ayudar?>> <<Sí, ya estoy listo. Aunque no sé si te podré resultar de mucha ayuda. Siempre ocurre que, en el instante en el que yo pienso algo nuevo, tú también lo piensas.>>

<<No recuerdo este lugar.>> <<Yo tampoco. Aunque en cierto modo me recuerda a un sitio al que ya una vez me trajiste.>> <<¿Tú crees?>> <<No lo sé, no estoy seguro. ¡Cuidado con ese murciélago gigante! ¡Agáchate!>> <<Menos mal que me has avisado. Pero, ¿qué narices era eso?>> <<¿No se parecía a aquel murciélago sideral del que tú leíste una vez?>> <<¿Yo leí una vez acerca de un murciélago sideral?>> <<¿No fuiste tú?>> <<Yo no lo recuerdo.>>

<<Vaya, quizá me he confundido de tú... Sois tantos que a veces no consigo diferenciarlos.>> <<Pues yo creo que es bastante fácil diferenciarlos. Bueno, realmente entre algunos de nosotros no somos muy diferentes. Pero con respecto a uno de nosotros, a uno en concreto, es realmente muy fácil el diferenciarlos. Ese en concreto es tan pobre, tan carnoso, tan material, tan real... Sin embargo, el resto somos todos una maravilla, ¿no te parece? Somos todos tan fantásticos que yo personalmente creo que, si me lo propongo, podría llegar a hacer cualquier cosa, todo lo que me propusiera.>> <<No sé qué decirte con respecto a eso que tú me estás diciendo. Realmente yo os veo a todos como si fuerais iguales. Quiero decir que todos os presentáis a mí del mismo modo. En realidad, lo que ocurre es que todos sois iguales con respecto a cómo sois en el trato conmigo, es como si todos vosotros representarais a la misma persona. ¡Ah! Y, por cierto, siento fastidiarte tus aires de grandeza, pero tú no eres capaz de hacer cualquier cosa, sino que tú eres capaz de hacer lo que sea siempre y cuando yo considere que es útil para mí que tú hagas esto o lo otro. Es decir, en realidad haces lo que yo te ordeno para mi propio beneficio. Eres mi marioneta personal.>> <<¿Era eso? Claro... Ahora entiendo por qué sentía a veces una extraña crueldad infinita en tu trato conmigo, y por qué a veces me incitas a hacerme daño incluso a mí mismo.>> <<Eh, eh, más lento, no corras tanto si no quieres infringir la ley! Se supone que tú no puedes saber nada de eso, y mucho menos que lo sepas gracias a mí. Sería terrible para todos si ese tú especial se enterara de algo de eso por culpa de que tú te enteres. Esto significa que aquí se termina la conversación. ¡Cuidado, por allí vuelve el murciélago sideral! ¡Corre, escóndete detrás de aquella montaña de éter amarillo, o vuela hacia aquella estrella y salta desde allí hacia la Luna!>> <<¿Otra vez en la oficina?>> <<No hay más remedio. Mientras mantenga este trabajo estoy obligado a venir aquí todos los días.>> <<Vaya, quizá a eso se refería... De todos modos, he estado pensando en algo que me dijiste otro día.>> <<El



Somos todos tan fantásticos que yo personalmente creo que, si me lo propongo, podría llegar a hacer cualquier cosa...

qué?>> <<Me dijiste que era la ley la que nos obligaba a participar en este juego cambiante y eterno.>> <<¿Yo te dije eso?>> <<Sí. ¿No fuiste tú?>> <<Me extraña. Me cuesta incluso entender lo que me dices... Me suena un poco fantástico.>> <<Fantástico, ¿eh? De cualquier modo, quería hacerte una pregunta. ¿También es la ley la que marca que tú y yo estemos siempre juntos?>> <<Eh... bueno, supongo que sí, ¿no? Sería realmente extraño que tú estuvieras separado de mí. Aunque yo creo que a veces soy capaz de olvidarme y separarme de ti.>> <<¿Sí? ¿Podrías decirme alguna vez en la que creas que eso haya ocurrido?>> <<Bueno... de hecho, creo que había un tiempo en el que yo ni siquiera te conocía... aunque por aquel entonces era excesivamente pequeño, y casi no recuerdo nada con claridad. Pero si recuerdo una vez en la que mi madre me sostenía en sus piernas, y jugaba conmigo al juego del cucú-trastrás. Recuerdo que en aquella ocasión era como si me separara de ti cada vez que mi madre aparecía desde detrás del cojín que tapaba su cara, y como si me reuniera contigo otra vez cuando mi madre volvía a jugar. Me parece además que aquella vez fue la última que jugó conmigo a ese juego, porque le dije que yo no quería volver a jugarlo.>> <<Vaya, entonces parece que sí te es posible separarte de mí. Creo, sin embargo, que yo no podría...>> <<Bueno, entonces sí tienes derecho a decir, como has dicho antes, que es la ley la que nos une, signifique eso lo que signifique.>> <<Eso estaba pensando. Aunque acabo de darme cuenta de que muchas veces me separo de ti y me reúno con el resto.>> <<¿Con el resto? ¿Qué resto?>> <<Lo había olvidado. Tú no sabes nada del resto, ¿verdad?>> <<No.>> <<Pues el resto son... son, simplemente, el resto de tú.>> <<No sé qué podría significar eso. Pero, entonces...>> <<¡Calla, calla! Creo que acabo de encontrar... Sí, acabo de descubrir el modo de diferenciarlos.>> <<¿No sabías diferenciarlos?>> <<Antes no, pero ahora sí.>> <<¿Cómo?>> <<Acabo de darme cuenta de que paso con cada tú diferente exactamente la cantidad de tiempo de un día. Entonces siempre tú (tú y todos los demás) te duermes, y de pronto me encuentro junto al otro...>>

<<¡Aaaahhhhh! ¿Qué hago aquí, suspendido al vacío y sostenido por nada? ¡Voy a caerme y a matarme!>> <<Lo siento. Yo estaba obligado a venir aquí, y el único método para llegar era trayéndote a ti, para que tú me trajeras irremediamente contigo.>> <<¿Y por qué necesitabas venir aquí?>> <<No lo sé exactamente. Simplemente sentía que tenía que hacernos pasar por esta prueba de fuego.>> <<¿De qué serviría suspenderme en el vacío?>> <<Creo que necesitaba comprobar si le teníamos verdadero miedo a la muerte.>> <<¿Para qué?>> <<¿No te acuerdas? Al tú real no le van las cosas demasiado bien, y precisamente por eso yo necesitaba saber cómo reaccionarías tú en esta situación.>> <<¿Cómo quieres que reaccione, con mucho miedo! ¡Quiero irme, quiero salir de aquí, quiero perderte de vista! ¡Quiero que el tú real se despierte en la cama y le des la paliza a él!>>

<<Tú sabías que ésto iba a pasar.>> <<Lo dices como si fuera irremediable.>> <<Lo siento, no quería decir eso. Sólo quería decir que esto se veía venir: llevabas ya mucho tiempo distanciándote de ella, y el amor, cuando se vuelve débil, exige proximidad.>> <<¿Quieres decir que es culpa mía?>> <<En este tipo de desastres amorosos no hay culpables... Simplemente ocurren.>> <<¿Pero por qué ocurren? ¿Acaso es la ley?>> <<No te sirve de nada invocar aquí a la ley. Sólo habría una ley que tendrías derecho a invocar aquí para consolarte, para pensar que ésto ha ocurrido porque así debía ser, pero hace tiempo perdiste la licencia de apelar a esa ley, mejor dicho, te la ganaste con tu forma de pensar.>> <<Todo eso no me sirve de nada. Podrías apoyarme un poco, en vez de hablar de tantas posibilidades imposibles. Se supone que estás aquí para ayudarme, ¿no?>> <<Lo que ocurre es que no sé qué decirte, no se me da bien consolarte con palabras.>>

<<¡Pues haz algo, no sé el qué, pero hazlo! ... Estoy desesperado, ¿es que acaso no lo ves? ... ¿Por qué ha tenido que ocurrir? ... No lo entiendo.>> <<No te preocupes, te prometo que mañana mismo haré algo. Sólo te pido una cosa: acuéstate y procura no obsesionarte mucho con ello, o conseguirás que incluso yo me vuelva loco.>>

<<¿Cómo te encuentras?>> <<¿Dónde estamos?>> <<Eso no importa. Lo que importa es que empieces tu recuperación.>> <<Ya, mi recuperación. El problema es que tengo que recuperarme de algo... pero no sé de qué.>> <<De verdad no te acuerdas de qué te ha pasado?>> <<No, no recuerdo nada. ¿Acaso le ha pasado algo al tú real?>> <<Sí, y la verdad es que algo bastante grave. Y si no hago algo pronto todos estaremos en grave peligro. Por eso te he obligado a estar

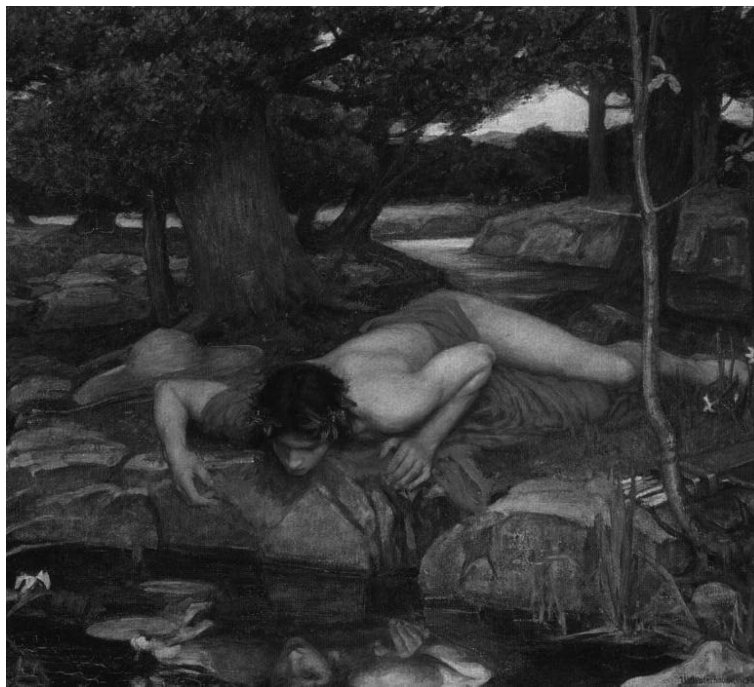
<<¿Otra vez en la oficina?>> <<No hay más remedio. Mientras mantenga este trabajo estoy obligado a venir aquí todos los días.>> <<Vaya, quizá a eso se refería... De todos modos, he estado pensando en algo que me dijiste otro día.>> <<El

<<¿Otra vez en la oficina?>> <<No hay más remedio. Mientras mantenga este trabajo estoy obligado a venir aquí todos los días.>> <<Vaya, quizá a eso se refería... De todos modos, he estado pensando en algo que me dijiste otro día.>> <<El

<<¿Otra vez en la oficina?>> <<No hay más remedio. Mientras mantenga este trabajo estoy obligado a venir aquí todos los días.>> <<Vaya, quizá a eso se refería... De todos modos, he estado pensando en algo que me dijiste otro día.>> <<El

aquí.>> <<Sí, aquí, pero todavía no me has dicho dónde es aquí.>> <<¿Desde cuándo te importan a ti los aquí en los que estás? ¿No eras tú el que dijiste eso de "donde siempre y donde nunca"? ¿Acaso tú eres capaz de distinguir lugares distintos?>> <<Realmente no.>> <<Precisamente por eso me veo incapaz de decirte dónde está este aquí. De todas formas, no te sirve tampoco para nada el saberlo. Sólo mira a tu alrededor.>> <<Vaya... aquí todo es bastante psicotrónico, ¿no?>> <<Mmm, psicotrónico... No se me había ocurrido esa palabra para definirlo.>> <<¿No? ¡Que raro...! Por lo general, cuando yo pienso algo, tú sueles pensarlo a la vez.>> <<Ya lo sé, lo pensé el otro día. Pero yo he dicho que no se me había ocurrido antes.>> <<Claro, a mí tampoco. Aunque tienes razón, psicotrónico quizá no sea la palabra exacta. Ahora que lo miro con más detenimiento, creo que se le ajusta mejor el adjetivo surrealista.>> <<Por ahí nos acercamos más. Bien, te he preparado este aquí para que disfrutes las pocas horas que duran tus días.>> <<¿Para que lo disfrute? ¿Pero qué puedo hacer yo aquí, más que volverme un poco loco?>> <<No hay problema alguno, mientras seas tú el que se vuelve loco y no el tú real.>>

<<Debes animarte>> <<¿Cómo? ¿Cómo puedo vivir ahora que no está ella?>> <<Es difícil, lo sé. Pero sobre todo no debes dejar de intentarlo.>> <<Parece que no lo entiendes. Ella era mi universo entero, era la razón de mi existencia. Cuando estaba con ella no tenía necesidad de estar contigo.>> <<¿A qué te refieres con eso de que no tenías necesidad de estar conmigo?>> <<A que todo el tiempo que pasaba junto a ella tenía la absoluta sensación de no estar solo conmigo mismo, de estar con otra persona igual de real que yo.>> <<Eso explicaría todos aquellos vaivenes en los que sentía como si te perdiera de vista. Claro, claro... ahora entiendo...>> <<¿Qué ocurre?>> <<Ella era la causa de que yo no te hiciera falta, por eso me abandonabas, y me dejabas solo a la intemperie, perdido en medio de ninguna parte, y sólo volvía a ti cuando tú la abandonabas a ella.>> <<¿Qué haces? ¡Otra vez estás diciendo cosas que para mí no tienen ningún sentido! ¡En vez de parlotear tanto deberías estar echándome una mano! ¿De qué me sirves si eres incapaz de ayudarme?>> <<Lo siento, es que en este tipo



de días no puedo hacer nada para ayudarte más que servirte de compañía. Lo único que puedo hacer es aconsejarte, susurrarte al oído que no desesperes del modo en que lo estás haciendo ahora, pues es realmente peligroso, y esperar a que te acuestes para así poder ayudarte en el día de mañana.>> <<¿Cómo en el día de mañana? ¡Ayer me prometiste que hoy ibas a hacer algo por mí! ¿Es esto lo único que puedes hacer por mí, pedirme de nuevo que espere hasta mañana?>> <<No lo has entendido. Cuando ayer te dije mañana no te estaba hablando de hoy, sino de ese otro mañana que ha ocurrido dentro de ti entre ayer y hoy... La verdad es que tengo que pedirte disculpas: hablo contigo como si lo estuviera haciendo con todos los tú, cuando en realidad, como me dijo el otro tú, tú eres realmente diferente al resto.>> <<¿Qué? ¿Un mañana entre ayer y hoy? ¿De qué narices me estás hablando? ¡Me estoy volviendo loco sólo de escucharte!>> <<Es culpa mía. Me he excedido del cargo que la ley me estableció. ¿Cómo ha podido pasarme? ... Sólo hay una razón: todo está ahora mismo en grave peligro, incluido yo mismo. ¡Rápido, duérmete! ¡Si no lo haces pronto todos estaremos en peligro de muerte!>>

<<¿Cómo te encuentras?>> <<¿Yo? ¿Por qué lo preguntas?>> <<Esto es odioso, ¿no podríais ser el mismo tú cada vez que estamos en este tipo de días? ¡Así no puedo hacer nada!>> <<Lo siento, no está en mi mano. Realmente, creo que está en tú mano.>> <<Tienes razón, lo había olvidado por un momento. ¿Qué me pasa últimamente? Como las cosas sigan así, ni siquiera yo seré capaz de salvar esta situación, y entonces nos volveremos todos locos.>> <<De todos modos, ¿dónde estamos? Este sitio me resulta un poco familiar.>> <<¿Que te resulta familiar? ¿Cómo puede ser, si tú no fuiste el que estuvo aquí?>> <<No lo sé, el hecho es que todo este ambiente psicotrónico me resulta familiar.>> <<No puede ser. Es más grave de lo que pensaba. Os estáis mezclando entre vosotros. Realmente estamos ya en una situación de verdadero peligro. En momentos así de testeo que la ley me imponga tanta impotencia, y que sólo tú tengas la última palabra para volvernos locos a todos o no. Lo único que puedo hacer es esforzarme más en curarte hoy como sea, mañana podría llegar a ser mortal.>> <<¿Qué estás haciendo con las cosas? ¡Estás haciendo cambiar el entorno muy rápido, demasiado! ¡No me das tiempo ni siquiera a reconocer todas esas cosas surrealistas que hay a mi alrededor!>> <<¡No te metas en lo que estoy haciendo ahora mismo! ¡Tengo que arriesgarme demasiado para salvarnos!>> <<¡Detenlo! ¡Para! ¡Haz que cambie más despacio! ¡Me voy a volver loco!>> <<¡Limitate a curarte!>>

<<¿Dónde estabas? Te había perdido de vista>> <<...>> <<¿No contestas? ¿Pero qué estás haciendo?>> <<...>> <<¡Oh, no, me lo temía! ¡Para, no sigas! Diablos, todo se me ha escapado de las manos...>> <<...>> <<Detente. No sabes lo que haces. Puedes curarte. Yo puedo curarte. Sólo tienes que dejarme actuar, tal y como lo hice ayer, y te prometo que pronto estarás completamente sano. Lo único que tienes que hacer ahora mismo es sacarte la pistola de la boca y acostarte.>> <<¡Siempre estás prometiéndome que mañana me curarás, y pidiéndome que me acueste! Dices que ayer me ayudaste; ¿qué hiciste tú ayer, sino prometerme como hoy que mañana me ayudarías? ¡Hoy es mañana! ¡Ayúdame, o apretaré el gatillo!>>

<<¡Tranquilízate! Ya te dije que lo de mañana hacía referencia al mañana que hay entre ayer y hoy. ¡No puedes culparme a mí de que tú te equivoques de día!>> <<¡Encima me echas a mí la culpa de que tú no hagas nada! ¡Eres tú el que tiene que ayudarme! ¡Eres tú el que tiene que hablar claro! ¿Sabes una cosa? ¡Estoy harto de ti! ¡Estoy harto de nosotros! ¡Estoy harto de la vida! ¡Voy a disparar!>> <<¡No, detente! ¿No te das cuenta? ¡Si disparas, no solo morirás tú, sino que yo también moriré! ¡Y no solo yo! ¡Todos nosotros moriremos!>> <<¿Pero de quién diablos hablas cuando dices todos nosotros? ¡Aquí sólo estamos dos! ¡Tú y yo, nadie más!>> <<¿No te das cuenta de que hay más tú?>> <<¿Pero dónde?>> <<¡Dentro de ti! ¡Tú eres todos los tú! ¡Tú eres el que vives todos los días, incluso esos días que existen entre ayer y hoy, pero los vives siendo otro tú diferente, otro tú menos real y más fantástico! ¿No lo comprendes? ¡Y si tú no existes, entonces todos los tú dejarán también de existir! ¡Todos moriremos!>>

<<¿Qué ha ocurrido?>> <<No estamos seguros. A todos nosotros nos parece que el tú real se ha desvanecido al escuchar lo que le has dicho.>> <<¿Cómo que a todos vosotros? Yo sólo veo un tú.>> <<¿De verdad nos ves como un tú solo?>> <<Sí. ¿Qué significa esto?>> <<Significa que has infringido la ley, y por eso ha ocurrido lo que nunca debía ocurrir.>> <<Os habéis reunido en un solo tú... Pero, ¿qué ley he infringido?>> <<¿No lo recuerdas?>> <<No. Sólo recuerdo que estaba intentando evitar que el tú real nos matase a todos, pero no recuerdo nada más.>> <<Le hablaste al tú real de nuestra existencia, y no solo eso, sino que le explicaste nuestro modo de existir. Y sabes que eso va contra las reglas.>> <<¿De verdad hice yo eso?>> <<Sí. Nunca debiste haberlo hecho, pero lo hiciste, quizá en un acto desesperado de auto supervivencia.>> <<¿Qué extraño... No recuerdo haber dicho nada de eso...>> <<Eso es porque el proceso ha comenzado ya en ti.>> <<¿Qué proceso?>> <<Tú sabes muy bien de qué proceso estoy hablando. En realidad llevabas algún tiempo ya temiendo que esto pudiera ocurrir, y al final ha ocurrido.>> <<Me estoy volviendo loco...>> <<Eso es. Te estás volviendo loco. Pero no porque nosotros nos hallamos vuelto también locos. Tú eres el culpable de todo.>>

<<¿Yo? ¿Por qué? ¡No entiendo nada!>> <<En realidad es muy fácil. Te esforzaste tanto en salvarnos, siempre con el deseo oculto de salvarte a ti mismo, que te volviste loco intentándolo. Por eso fue por lo que el tú real se desvaneció. Porque en realidad eras tú el que te habías desvanecido: habías dado el paso que faltaba para caer por el barranco de la locura.>> <<¡No! ¡No me lo creo!>> <<Esperaba que hicieras eso. Pero la verdad es que no tienes opción. Aunque realmente no importa si estás loco o no de verdad, ¿o no?>> <<Sé en qué estás pensando. Recuerda que cuando tú piensas algo, yo también lo pienso en el mismo momento. Y tienes razón. Ya sólo queda una cosa por hacer.>> <<Claro que tengo razón.>> <<Solo tengo una pregunta más. ¿Por qué, de pronto, sois vosotros los que tenéis todo el conocimiento, cuando la ley imponía que fuera yo el que te manejara a ti y te cuidara?>> <<¿No lo entiendes? Infringiste la ley. Y precisamente por eso la ley se volvió contra ti. ¿No has oído nunca que la locura no se distingue de la sabiduría? En tu caso, por tu impiedad, es justo al revés. Tú leíste una vez: Los buenos heredarán el cielo. E hiciste que nosotros, por tu arrogancia, no alcanzáramos todo el conocimiento relacionado con esa verdad. Ahora tú te has vuelto loco, y nosotros tenemos el conocimiento verdadero.>> <<Comprendo.>> <<No, no comprendes, pero ¿qué mas da? Apresúrate a hacer lo que tienes que hacer.>> <<De acuerdo.>>

<<Levántate del suelo. Eso es. Ahora coge la pistola. Está allí, cerca de tu mano derecha, donde se cayó cuando perdiste el conocimiento. Así. Métete el cañón en la boca. Ahora dispara. Bien hec...>>

<<Mamá solía decir que no te das cuenta de lo que vale algo hasta que lo pierdes. En mi caso es cierto. No comprendí que para conseguir todo lo que yo quería tú eras necesario. Que ironía... Habiendo sido tú el que me creaste a mí para no

sentirte solo, para tener a alguien con quien hablar cuando todos los demás te dejaban, y sin embargo terminé siendo yo quien más necesité de ti. Ahora comprendo que sin ti no puedo existir. Ahora mismo, mientras las últimas lágrimas de vida se escapan de tu cuerpo lentamente, yo siento cómo me evaporo con la misma velocidad. Me propuse demasiado. Intenté dominaros a todos vosotros, a ti y a todo el resto de tú que vivían en tus días oníricos. Al principio fue fácil, os alternabais por días y nunca tenía que trataros siendo más de uno. Lo que debía de haber tenido más en cuenta es que esa ley que yo creía de mi lado, esa ley que rige la psique humana, podría exigir de mí un día más responsabilidad de la que yo podía, o estaba dispuesto a, soportar. Aunque, pensándolo más detenidamente, si bien tu salud nunca fue muy buena, y por eso me necesitaste desde muy pequeño, la causante de todo el mal, de todo este fatídico y mortal proceso, fue ella. Ella fue la que me alejó de ti, la que te hizo creer que mientras estuvieras con ella no me necesitarías. Y yo no podía decirte que te era necesario, que sin mí tú corrías peligro de volverte loco. Y fíjate, al final fui yo el que, intentando remediar lo que ella había hecho, se volvió loco. Pero esto ya no importa... Tu cuerpo ya se está quedando sin sangre, y yo ya casi no existo. La pregunta que me intriga ahora es: ¿iré ahora a alguna parte?...>>

No hay problema alguno, mientras seas tú el que se vuelve loco y no el tú real.